

Brasil

## La recomposición del movimiento obrero: posibilidades, límites y desafíos de actualidad

Antonio Carlos Soler<sup>1</sup>

### LA CONSTRUCCIÓN DE LA CUT

Haciendo un poco de historia, el fracaso del “milagro brasileño”, provocado, entre otros factores, por la crisis económica mundial y el agotamiento de la política del gobierno militar, llevó a retomar, a fines de los años 70, las movilizaciones estudiantiles contra la dictadura, seguidas de huelgas por salarios, principalmente en el ABC paulista. Este proceso hizo que el régimen desarrollase una estrategia de “transición democrática”.

Por otra parte, las huelgas de finales de los 70 dieron origen a dos fenómenos políticos fundamentales en la historia de Brasil: la construcción del PT y de la CUT.<sup>2</sup>

En este escenario de ascenso de las luchas obreras y populares, la construcción del PT en 1980 significó la confluencia de la mayoría de los sectores que en aquel momento se ubicaban políticamente en las perspectivas del trabajo. Sin embargo, no podemos dejar de tener en cuenta que, desde su inicio, este partido fue hegemonizado por la corriente reformista *Articulação*<sup>3</sup>, que tenía sus bases en los cuadros sindicales que estaban rompiendo con la vieja burocracia. Esta corriente también recibió fuerte influencia de los “teólogos de la liberación” de la Iglesia Católica.

<sup>1</sup> La traducción del original en portugués estuvo a cargo de Roberto Ramírez.

<sup>2</sup> La CUT fue creada en 1982, dos años después de la creación del PT, en un momento de gran ascenso de los movimientos sociales. No se trataba sólo de trabajadores de la industria, sino que también en el campo se comenzaba a constituir un fuerte movimiento que luego dio origen al MST en 1984. Desde el inicio, estos movimientos CUT/MST tuvieron gran influencia petista. En verdad, PT y CUT se constituyeron en un solo proceso político.

<sup>3</sup> *Articulação*: corriente política que dirige el PT y la CUT, a la que perteneció históricamente Lula.

En esta composición política del PT participaron también marxistas de varios matices, principalmente de las corrientes trotskistas. Luego, en el proceso de incorporación directa del PT al orden burgués, estas corrientes se comportaron de diferentes maneras. Algunas capitularon totalmente al aparato del partido y del Estado, otras rompieron en la década del 90 y otras sólo después de la elección de Lula en 2002.

Después de 20 años de dictadura militar y de una explotación/opresión sin igual sobre el trabajo, el fin de la dictadura y la perspectiva de una democracia política burguesa crearon una ilusión, alentada por el reformismo petista y cutista, de que una “nueva era” se abría para la clase trabajadora. Bastaría que ella eligiese el mayor número de representantes al parlamento y que tuviese sindicatos capaces de negociar mejoras salariales. O sea, nada nuevo en el viejo canto de sirena del reformismo.

Pero un elemento clave debe ser destacado: el gigantesco ascenso producido por la lucha contra la dictadura –que sólo finalizó en 1984–, y que fue seguido de gran número de huelgas en toda la década del 80. A pesar de los límites políticos de su dirección y de la CUT, en sus inicios fue una importante expresión de la combatividad obrera y popular.

Las huelgas y otros movimientos sindicales produjeron un sindicalismo independiente que superó la hegemonía de las antiguas centrales burocráticas (llamadas en Brasil “pelegas”). El método de las asambleas de base, de los comités de huelga y de otros instrumentos de lucha fueron utilizados durante los momentos más intensos de ese período, cuando esta nueva burocracia no conseguía contener el avance de las luchas y se colocaba al frente del movimiento, pero siempre con el objetivo de mantener las movilizaciones y sus banderas dentro de los límites del orden, y sobre todo bajo su control directo.

El movimiento sindical de la década del 80 fue marcado, entonces, por dos características: por un lado, hubo un intenso movimiento huelguístico que, a pesar de no crear una sólida organización de base, proporcionó la construcción de un movimiento sindical independiente, que barrió a los viejos aparatos de colaboración con la dictadura militar. Pero, por el otro, al ser dirigido por otra corriente burocrática, quedó preso de una *dobles ilusión* (principalmente al final de la década): que era posible tener conquistas constantes sin enfrentar estructuralmente el orden burgués, y que eligiendo parlamentarios sería posible cambiar los “rumbos” de la sociedad.<sup>4</sup>

#### LA “CRISIS DE ALTERNATIVA AL CAPITALISMO” EN LOS AÑOS 90

Con el desmoronamiento de los regímenes económicos y políticos organizados en torno a la ex URSS hubo una gran movida de los medios políticos y académicos, que proclamaron el “fin de las utopías” y la “pérdida de fuerza” del marxismo.

<sup>4</sup> La caída del muro de Berlín en 1989, el fin de la Unión Soviética y la crisis ideológica que se produjo en la izquierda, acompañada por una gran ofensiva imperialista, crearon el caldo de cultivo favorable para el cuestionamiento de la estrategia socialista y de la emancipación de la clase trabajadora.

El fin de los regímenes que fueran identificados como socialistas o comunistas fue la base para que los ideólogos de la clase dominante entrasen en escena para “tirar abajo” todo el ideario del movimiento socialista. De esta forma, fueron decretados el “fin de la historia”, la “victoria definitiva del libre mercado” y la imposibilidad de construir una sociedad libre de explotación y opresión.

Está por hacerse un balance global de las experiencias históricas del siglo XX –particularmente de las sociedades que se organizaron en forma “no capitalista”– para identificar cuáles fueron los problemas enfrentados en la tentativa de transponer la lógica de reproducción del capital. Es un esfuerzo fundamental para poder orientar las acciones que se pretendan superadoras, ya que la opresión y la explotación se mantuvieron en esas sociedades que durante el siglo XX no se dividieron en clases propietarias o no propietarias de los medios de producción.<sup>5</sup>

En este marco del fin de los regímenes identificados como socialistas/comunistas, con el advenimiento del desempleo estructural, las nuevas formas de gestión empresarial y la cooptación del trabajo por el capital, se creó un clima favorable para que una parte significativa de los dirigentes políticos y sindicales renegase de reivindicaciones fundamentales de la lucha de la clase trabajadora, así como de la acción directa de las masas como táctica privilegiada de la acción sindical.

Para Santos (2007), “a partir de las dificultades para el incremento del proceso de acumulación, se forjaron respuestas por el capital que afectan directamente la composición de la clase trabajadora, inicialmente por medio de la elevación del desempleo. Con este telón de fondo, el sindicalismo clasista construido en la década del 80 pasó por una gran metamorfosis ideológica y en su práctica política. Dejó de tener como principal estrategia la movilización directa de la clase trabajadora y comenzó a apostar a las negociaciones y los foros permanentes con los patrones y los gobiernos de la clase dominante. Fue así *invertida* una de las principales características del movimiento social de la década anterior. O sea, *la negociación pasó a ser lo estratégico en relación con la movilización*” (p. 452).

Los cambios en el escenario económico y político influenciaron las nuevas estrategias del sindicalismo. La CUT y el PT se hicieron muy parecidos a las organizaciones sindicales que poblaban Brasil durante la década de 1970,

<sup>5</sup> Nuestra corriente internacional Socialismo o Barbarie, para contribuir a este necesario balance, ha hecho importantes y rigurosos esfuerzos de elaboración con el objetivo de ayudar a la comprensión de este tema tan trascendental para la lucha de clases y contribuir a la orientación de la actividad revolucionaria. Consultar la revista SoB 16 (“Debate Revolución Socialista, dictadura y democracia”, de Isidoro Cruz Bernal); SoB 17/18 (“Notas sobre la teoría de la Revolución Permanente a comienzos del siglo XXI”, de Roberto Sáenz, y “Una polémica con el Secretariado Unificado (IV Internacional)”, de Marcelo Yunes); SoB 19 (“China 1949: revolución campesina y anticapitalista”, de Roberto Sáenz); SoB 20 (“El nuevo Leviatán de Pierre Naville” (selección y presentación de Roberto Sáenz), y SoB 21 (“Notas sobre *Las esquinas peligrosas de la historia*, de Valerio Arcary”, de Roberto Sáenz, y “Las ‘Cartas de Astrakán’ de Christian Rakovsky”, por Luis Paredes).

durante la dictadura militar –como los viejos *pelegos* de la CGT– y que no proponían cambiar el orden social establecido. Lo que era una estrategia socialista de transformación pasó a ser –para el PT y la CUT– una estrategia de aceptación del orden y de administración del capital para garantizar la gobernabilidad, aplicando lo que se dio en llamar social-liberalismo. Es decir, la gobernabilidad sobre la base de la aplicación de políticas que garantizan al capital financiero tasas de ganancia exorbitantes combinadas con políticas de “contención social”, como la Bolsa Familia y otros proyectos.<sup>6</sup>

En este curso –década del 90– el reformismo demostró descaradamente su verdadera cara, pues en un momento de ofensiva general del capital sobre el trabajo, manifestada en la reingeniería de la producción, en la flexibilización de la jornada de trabajo, en el desempleo estructural, en la privatización de las empresas estatales, en los ataques a las conquistas anteriores, esta corriente se volcó a *colaborar* en forma directa, con el argumento de que no había alternativa, salvo la de proponer medidas que hiciesen los ataques menos penosos para los trabajadores.

El movimiento social se retrajo, entonces, por factores objetivos (desempleo, fragmentación, tercerización) y subjetivos (adaptación social y política de las principales dirigencias del movimiento sindical y pérdida de referencias políticas históricas con la caída de los regímenes no capitalistas).

Esta década puede ser caracterizada como un retroceso en varios frentes. La única huelga de carácter nacional de la década de 1990 fue la de los petroleros, que a pesar de ser base de la CUT no recibieron apoyo de la dirigencia de la Central y mucho menos del PT. Así, este período fue marcado por el retroceso de las posiciones en la lucha de clases que los trabajadores habían conquistado en la década anterior.

Ocurrió también una inflexión político-ideológica que ya tenía sus orígenes en la década de 1980. Las corrientes ideológicas que dirigieron a los trabajadores del Brasil durante el proceso de democratización, dentro del orden social capitalista, lo hicieron sin un objetivo de romper con la estructura dominante.

La elección de Lula en 2002 y su gobierno desde 2003 tuvieron un significado histórico fundamental. A pesar de ser extremadamente contradictorio, fue un hecho objetivo que trajo profundos cambios para la recomposición de los trabajadores.

La constitución del gobierno de Lula ha sido un punto de polémica entre las corrientes de izquierda. La gran mayoría lo clasifica como un gobierno de frente popular, debido al apoyo que recibe de las organizaciones sindicales.

Para nosotros, esta caracterización es incorrecta. El apoyo de los aparatos sindicales es apenas uno de los elementos de un gobierno burgués de este tipo,

<sup>6</sup> Si durante los años 80 el sindicalismo en Brasil se constituía en uno de los sectores del movimiento social más avanzado en la lucha contra el régimen y por los intereses inmediatos de los trabajadores, en los 90 ocurre un importante desvío. Hubo un gran cambio de orientación ideológica y política del sindicalismo brasileño. En esa década, con la crisis de alternativa que se estableció en el movimiento obrero y la supremacía del neoliberalismo, importantes conquistas económicas se perdieron.

que además es tomado sin tener en cuenta otros aspectos fundamentales, como la ausencia de movimientos de masas que lo presionen. De hecho, esta caracterización de gobierno de frente popular acaba desarmando al movimiento.

El gobierno Lula se constituye en verdad un *gobierno burgués normal*; es decir, no está marcado por disputas de estrategia en su interior y no tiende a ceder a las presiones del movimiento organizado, como hacen los gobiernos de frente popular. Además, no hay actualmente un movimiento de masas organizado a su izquierda.

Esta polémica no es menor, y acaba influenciando también las estrategias políticas. Se trata de formular una caracterización que tome en cuenta el conjunto de los principales factores políticos nacionales, como la relación de fuerza entre las clases y la conciencia de los trabajadores.

El gobierno ha llevado adelante una estrategia de ataques “selectivos” y “graduales” a los trabajadores, pero mantiene fundamentalmente la misma política económica del gobierno anterior. Esta afirmación puede ser comprobada en todos los principales fundamentos del actual gobierno, como la política fiscal, el mantenimiento y crecimiento del superávit primario, la política cambiaria, etc. Los análisis dan cuenta de que los problemas estructurales de la economía brasileña se han profundizado con Lula. No ha habido así ningún cambio en el papel de Brasil en el proceso de acumulación de capital a escala planetaria. Las recientes remesas de capital al exterior dan cuenta de eso.

La política iniciada con la segunda reforma de la *previdência* (sistema de retiro) sería seguida de la reforma laboral y sindical, que fueron retardadas por las sucesivas crisis políticas detonadas por el esquema del “*mensalão*”.<sup>7</sup> Se combinó, por un lado, un período de estabilidad económica mundial y crecimiento de las exportaciones, y por el otro, una ampliación de las políticas de “compensación social”, combinación que dio como resultado que se suavizara o se postergara un enfrentamiento más amplio y directo de las masas trabajadoras con el gobierno, y en consecuencia con la CUT y el PT.

Como puede observarse, hubo entonces importantes *factores de mediación* como para que pudiese llegarse una ruptura amplia de las masas con Lula, la CUT y el PT. Este hecho insoslayable ha traído un problema fundamental para la construcción de alternativas independientes y clasistas, tanto en el campo político como en el campo sindical: la ausencia de participación de las masas en el proceso de construcción de nuevas instituciones de combate contra el gobierno y contra el sistema.

#### LA RECOMPOSICIÓN SINDICAL DE LOS TRABAJADORES

La CUT y parte de sus principales cuadros pasaron a integrar el gobierno como funcionarios en todos sus escalones. Con la ilusión de que éste es un gobierno “popular” y con los principales dirigentes sindicales integrados direc-

<sup>7</sup> N. del T.: *Mensalão*: literalmente, gran mensualidad. Se refiere a los sobornos que se suelen pagar mensualmente a los parlamentarios y funcionarios, masivamente corruptos. Esto detonó una gran crisis política durante la primera presidencia de Lula, seguida de otras de menores alcances.

tamente al Estado, se desarrolla una crisis de referencia sin igual para los trabajadores.

La ruptura con el gobierno, en la lucha contra la primera reforma de la *previdência*, se realizó apenas en un sector de los empleados públicos. A pesar de esos límites, este fenómeno político posibilitó iniciar la creación de organizaciones alternativas a la CUT. De esta forma, la CUT dejó de ser la principal “correa de transmisión” de la dominación burguesa al interior de la clase trabajadora, y pasó a participar orgánicamente en la dominación de clase. Este hecho objetivo aún no ha sido asimilado por la mayoría de los trabajadores, pero ha provocado fenómenos de vanguardia en el movimiento sindical, popular y estudiantil.<sup>8</sup>

Un período de estabilidad económica mundial y de crecimiento de las exportaciones se combinó con la ampliación de las políticas de “compensación social”, como ya dijimos, haciendo que un enfrentamiento más amplio y directo con el gobierno, y consecuentemente con la CUT y el PT, fuese postergado.

Frente a esta realidad, están planteados una serie de desafíos para la construcción de alternativas que sirvan como herramienta de lucha y organización para la clase trabajadora del Brasil.

Para que se pueda desarrollar una alternativa real de lucha es necesario romper inmediatamente con la lógica de mini-aparato que hoy mueve tanto a los dirigentes de Conlutas como a los de la Intersindical. En esta lógica, lo que se plantea como prioritario no es la unificación de la vanguardia para que presente a los trabajadores la denuncia del papel gubernista y reaccionario que la CUT y el PT han cumplido en el último período. La prioridad se pone en una disputa que, de ambos lados, en el fondo se limita sólo a la propaganda de cuál sector es la mejor alternativa a la falencia de la CUT.

Tenemos serios problemas de conducción política en Conlutas desde el encuentro de Luziânia en 2004. En aquel momento, el PSTU, cuando se ve como dirección hegemónica, adopta una postura ultra sectaria en relación con sectores que se demostraban vacilantes en el proceso de ruptura con la CUT.

Luego, en 2006, el Congresso Nacional dos Trabalhadores (CONAT) realizado en Sumaré (SP) fue polarizado por las elecciones nacionales. El PSTU se negó a discutir y asumir una posición frente al principal problema político en ese momento –las elecciones–, haciendo que Conlutas quedase durante seis meses prácticamente sin una participación política efectiva a nivel nacional.

Lo peor de que este posicionamiento fue que –al contrario de lo que decía la dirección del PSTU– no se hacía para dialogar con los sectores que llamarían al voto nulo: en verdad, se trataba de un chantaje político para tra-

<sup>8</sup> Esto es agravado en la medida en que además hay pocas movilizaciones contra el gobierno o por reivindicaciones inmediatas de los trabajadores, con la excepción de la nueva oleada estudiantil. Conlutas y demás organizaciones autónomas no consiguen organizar luchas reales y directas contra el gobierno y los patrones.

tar de imponer a José María de Almeida (Zé María) como candidato a vicepresidente.<sup>9</sup>

Luego, el PSTU desvirtuó o directamente no implementó una serie de resoluciones aprobadas en el CONAT. Así, la campaña por el salario mínimo aprobado del DIEESE<sup>10</sup> se acabó transformando en una campaña por un salario de 700 reales. La campaña contra la precarización y la tercerización directamente no fue llevada a cabo. La lucha contra la reforma sindical fue sustituida por la defensa de la legalización de las centrales sindicales.

Este primer Congreso de Conlutas es otro ejemplo contundente de las dificultades que enfrentamos para superar la crisis de alternativa. Los datos oficiales disponibles dan cuenta de que el Congreso reunió a 3.500 personas, 2.805 delegados que representaban 500 entidades y 175 sindicatos.<sup>11</sup> Como se ve, fue muy distinto de lo anunciado en su momento por la dirección de Conlutas, de alrededor de 5.000 delegados. La composición social de la entidad fue mayoritariamente de estudiantes y de trabajadores de servicios.<sup>12</sup>

Todo indica que el problema es que la publicación de los datos oficiales del Congreso iría a demostrar algunas debilidades, que la dirección de Conlutas, el PSTU, burocráticamente trató de escamotear. Entre ellas señalemos también la dinámica propuesta para las discusiones y resoluciones: todo contra lo que siempre luchamos en los congresos organizados por la Articulação fue reproducido por el PSTU. Bastó que éste asumiese parte de la dirección de un proceso aún muy incipiente y limitado de recomposición sindical para que repitiese las prácticas que condenaba hasta hace poco tiempo.

La base obrera del congreso fue extremadamente minoritaria, y gran parte de los delegados no representaban a movimiento sindical, popular o estudiantil alguno. Además, la representación de los sindicatos –no se sabe con qué base social– constituyen en Conlutas apenas una ligera mayoría, casi equiparada con la representación estudiantil, predominantemente universitaria.

En la práctica, las resoluciones aprobadas en el Congreso no alteraron en nada la dirección y la situación organizativa y política anterior de Conlutas, y en algunos aspectos hubo hasta un retroceso. Veamos: se reafirmó su carácter “sindical y popular”, con un 10% de entidades estudiantiles en la dirección y una Secretaría Ejecutiva (dirección) que sería electa por un plenario de entidades; se hizo un llamado a la Intersindical para la “formación de un polo de

<sup>9</sup> Este comportamiento político es lo que llamamos lógica de aparato. Es decir, el objetivo de transformar las necesidades políticas de determinado sector en las necesidades del conjunto del movimiento. El papel de una dirección revolucionaria es exactamente el opuesto: lucha en el interior del movimiento para desarrollar tácticas, estrategias y formas de organización que apunten a avanzar en la conciencia socialista revolucionaria del mayor número de trabajadores. Es a partir de los aciertos políticos que se construyen los revolucionarios, no de las maniobras políticas de aparato.

<sup>10</sup> N. del T.: ente oficial de estadísticas.

<sup>11</sup> Éstos fueron los únicos números oficiales presentados por la dirección de Conlutas.

<sup>12</sup> La composición del congreso era la siguiente: delegados de sindicatos, 26,36%; federaciones, confederaciones y sindicatos nacionales, 0,91%; minorías y oposiciones, 24,16%; sectores populares urbanos, 8,83%; movimientos del campo, 8,57%; otros movimientos sociales contra la opresión, 5,97%; estudiantes, 25,19%.

lucha y unidad en las luchas cotidianas” y se resolvió la reedición del “Fórum Nacional de Mobilização” y una campaña por el “gatillo automático de los salarios”.<sup>13</sup>

Respecto de un punto fundamental para la lucha de clases en América Latina, la resolución votada fue extremadamente genérica: “independencia política en relación con todos los gobiernos capitalistas”. Se perdió, así, una oportunidad fundamental para definir categóricamente que gobiernos nacionalistas burgueses –como el de Chávez o Evo Morales– no representan los intereses de los trabajadores, y por eso es necesario fortalecer las luchas, así como también las organizaciones independientes de la clase obrera. El debate y las resoluciones del Congreso no rompieron con la política corporativista, superestructural y *triumfalista* impuesta por su dirección mayoritaria, el PSTU.<sup>14</sup>

Si hiciéramos una simple comparación entre la cantidad y la importancia económica y social de los sectores organizados en la CUT<sup>15</sup> –central gubernista y totalmente burocratizada– podemos verificar las dimensiones del desafío que enfrenta Conlutas. La cuestión es que, sin una política para disputar sistemáticamente las bases de la CUT y demás centrales burocráticas –preocupación que pasó de largo en las discusiones y resoluciones del Congreso–, es imposible construir verdaderamente otra central que sea en los hechos un foro de frente único de los trabajadores. Es decir, el carácter de frente único que debe tener todo sindicato o central obrera acaba siendo casi nulo en Conlutas. Así, Conlutas se constituye en una *organización intermedia entre una colateral del PSTU y una organización sindical minúscula de frente único*, pero que no cuenta con una amplia base obrera.

Además de las dificultades objetivas de los últimos dos años, la política de la dirección mayoritaria de Conlutas –el PSTU– en nada contribuyó a superar los graves problemas estructurales que tenemos en relación con dos puntos esenciales: 1) el enfrentamiento a los ataques patronales y gubernamentales, y 2) la organización autónoma por la base y democrática de los trabajadores.

Como ejemplo tenemos el ascenso estudiantil que se inició en 2007 contra el fin de la autonomía universitaria y contra el REUNI<sup>16</sup>, con la ocupación de la rectoría de la Universidad de San Pablo, seguida de varias ocupaciones en universidades federales, y luego, en 2008, las luchas contra la corrupción de los *cartões corporativos*<sup>17</sup> y las fundaciones privadas que controlan el dinero público, como fue el caso de la UNB y de la UNIFESP.

<sup>13</sup> Constituye un mecanismo que pretende recomponer mensualmente los salarios de los trabajadores en base a los cálculos de la inflación mensual.

<sup>14</sup> Caracterizamos como triunfalismo la manía política de transformar el resultado de todas las luchas en “grandes victorias”, postura que desarma a los trabajadores para los ataques patronales, que tienden a ser cada vez más constantes.

<sup>15</sup> La CUT cuenta con 3.438 entidades afiliadas y 7. 464.846 socios, según datos oficiales de su sitio nacional.

<sup>16</sup> N. del T.: REUNI es el plan de reestructuración de las universidades federales, de características reaccionarias y privatistas.

<sup>17</sup> N. del T.: el de los *cartões corporativos* fue un escándalo estallado recientemente por malversación de fondos en las universidades.

No hubo ninguna iniciativa desde Conlutas en el sentido de coordinar nacionalmente este proceso, que podría haber aprovechado además la traición completa de la UNE (União Nacional dos Estudantes). Conlutas no consiguió constituirse en una herramienta real de coordinación de las importantes luchas estudiantiles que ocurrieron en el último período. No se propuso ningún encuentro o plenario con los estudiantes movilizados, ni mucho menos una acción conjunta para potenciar los procesos de radicalización entre estudiantes y trabajadores.

Y estos ejemplos no terminan aquí. En un país que vive un prolongado reflujo del movimiento obrero y estudiantil, la izquierda no puede darse el lujo de no aprovechar las iniciativas de algunos sectores para tratar de impulsar al conjunto de los trabajadores. Esto fue lo que ocurrió con la lucha de los obreros de General Motors en São José dos Campos.

Cuando existen procesos reales de movilización, la dirección de Conlutas no actúa en el sentido de romper su aislamiento y tratar de transformar esas movilizaciones en hechos políticos, que trasciendan la realidad local o sectorial, como fue el caso de la lucha de los trabajadores de la General Motors. Desgraciadamente, el PSTU se ha demostrado incapaz de romper la lógica corporativa y una práctica de sindicalismo rastrero, que siempre se adapta al nivel de la conciencia más atrasada de las masas.

La lucha de los obreros General Motors es un ejemplo objetivo de movilización que debía unirlos con toda la clase trabajadora de São José dos Campos y de la región, además de contar con el apoyo y la participación de trabajadores de otras regiones del país.

Estamos de acuerdo con Alves (2007) cuando analiza la crisis del sindicalismo brasileño en la década de 1990, y plantea la ruptura con el corporativismo como una de las grandes tareas actuales: "En cierto modo, el mayor desafío del sindicalismo de Brasil en el giro al siglo XXI es romper con el modelo burocrático-corporativo, organizar y movilizar un contingente macizo de obreros y obreras, empleados y empleadas e, inclusive, trabajadores por cuenta propia precarizados y explotados por el capital" (p. 474).

Ésta es una cuestión clásica para un movimiento sindical que se proponga ir más allá de las acciones defensivas o reivindicativas inmediatas. Para eso, es decisivo que rompa con un paradigma que, debido a los cambios estructurales en la forma de dominación del capital sobre el trabajo, ya no sirve para la defensa inmediata de los intereses de los trabajadores.

La victoria de la lucha de General Motors podría haber influenciado la movilización de la clase trabajadora de todo el país. Así, Conlutas debería haber realizado una campaña nacional en defensa de estos trabajadores. En cambio, la postura de Conlutas en São José fue un ejemplo claro de lo que estamos afirmando en relación con su dirección, el PSTU. En una situación difícil para los trabajadores, de prácticamente una década sin grandes movilizaciones locales o nacionales, no podemos perder oportunidades como la que estaba en curso en São José dos Campos para realizar campañas que sirvan como apoyo concreto a los trabajadores o estudiantes que estén en lucha, y como platafor-

mas políticas para el conjunto de la clase trabajadora brasileña. Estas iniciativas dependen exclusivamente de la voluntad política de la dirección de Conlutas. No se puede ignorar este hecho.

En modo alguno podemos negar la necesidad de un sindicalismo de un nuevo tipo, en que los sectores precarizados sean incorporados a la organización y con un trabajo sistemático sobre las demás categorías, como el movimiento estudiantil y la juventud, verdaderos graneros de cuadros para la lucha anticapitalista. Pero la cuestión es que la historia de la lucha de clases en el siglo XX y la más reciente confirman que –al contrario de lo que dice la tradición *objetivista*<sup>18</sup>– la clase obrera organizada y consciente de su papel político es insustituible. No concordamos con la idea de que con la reestructuración productiva el peso de la clase obrera se igualó al de otras categorías asalariadas o que “viven del trabajo” (Antunes). Para nosotros –a pesar de la fragmentación y de otros cambios en su composición social–, las experiencias históricas y las recientes luchas de clases demuestran que sin un movimiento obrero autónomamente organizado no es posible formar un “bloque histórico” capaz de dar los combates necesarios para la transformación de la realidad.

Conlutas es la expresión de una ruptura necesaria con el gobierno y con la CUT, y la permanencia en esta última significaría la inviabilidad de constituir un movimiento auténtico de la clase trabajadora. Por otro lado, la Intersindical, que se constituyó en una de las rupturas con la CUT, pasa por una lucha interna entre los sectores que pretenden una unificación y los sectores contrarios a ella. En su última conferencia, votó la resolución de establecer un proceso de discusión en torno a la necesidad de construir la unidad con Conlutas.

El peso del reformismo en la Intersindical es sin dudas mucho mayor que en Conlutas, lo que debe ser políticamente combatido. Pero la cuestión es que la construcción de una central sindical –organismo necesariamente de frente único– no se puede restringir sólo a los sectores revolucionarios. Es importante aclarar que la ruptura con la CUT no ocurre principalmente por el hecho de que su dirección asuma posiciones reformistas, sino debido a su apoyo a un gobierno que ataca directamente a los trabajadores.

Es necesario unificar las expresiones autónomas de los trabajadores en una sola organización sindical, que tenga como su principal tarea construir un instrumento de movilización clasista. Sin ese elemento central, no se puede avanzar en la construcción de una organización sindical de masas que pueda superar a la CUT y a todo el *peleguismo* y cumpla el papel de impulsar y organizar la lucha anticapitalista independiente y democrática de los trabajadores.

La unificación de Conlutas y de la Intersindical a partir de un programa clasista, anticapitalista, antigobierno e independiente, con un funcionamiento basado en la democracia obrera y la lucha contra el aparatismo –tan caracte-

<sup>18</sup> El objetivismo consiste en una visión mecánica de la revolución socialista, en la que el papel de la clase obrera como sujeto social es visto como secundario. En esta concepción, se considera posible realizar medidas socialistas sin partido revolucionario, clase obrera ni organismos democráticos de doble poder. En esta visión hay una terrible *confusión entre estatización y socialización* de los medios de producción.

rístico del movimiento sindical brasileño, incluso entre los sectores de izquierda-, con el objetivo de disputar el conjunto de los trabajadores a la CUT y a Força Sindical e impulsar las luchas por los intereses de la clase trabajadora, es una operación política decisiva. Negar esta necesidad es confundir –como hacen las sectas– los criterios de composición sindical con los criterios de composición partidaria, confusión que acostumbran a tener algunas corrientes esquemáticas.

A pesar de una coyuntura políticamente desfavorable para los trabajadores en los últimos años, la construcción de alternativas autónomas de la clase trabajadora se constituye en una necesidad estratégica fundamental.

La cuestión es que Conlutas, al no conseguir ubicarse como dirección de procesos reales de lucha, no se transforma en un espacio real de movilización y representación de los trabajadores.

En otras palabras, es necesario luchar para que Conlutas sea de hecho una organización “*com lutas*” (con luchas). Sin ese elemento central, no se podrá avanzar en una construcción sindical de masas que, superando a la CUT y a todo el *peleguismo*, cumpla el papel de impulsar y organizar a toda la lucha anticapitalista, independiente y democrática de los trabajadores de Brasil.

Debemos ser taxativos. En cuanto a la dirección mayoritaria de Conlutas (PSTU) y al conjunto de la vanguardia involucrada en este proceso, pensamos que si no se extraen las lecciones de la lucha común contra Articulação y otras burocracias sindicales, la construcción de una herramienta sindical nacional independiente quedará postergada. Es que esto no se hace con pirotecnia.

El problema es que cuando hay procesos reales de movilización, Conlutas no actúa en el sentido de romper el aislamiento y transformar estas movilizaciones en *hechos políticos que trasciendan su realidad local, corporativa o sectorial*. El comportamiento de esta dirección en el segundo semestre de este año corrobora cómo Conlutas está impregnada de la lógica corporativista.

Los datos del DIEESE<sup>19</sup> indican que hubo una importante reducción salarial en los últimos meses, lo que fue agravado por la escalada inflacionaria. En 2007, apenas 19 categorías consiguieron aumentos salariales superiores al aumento del PBI en ese período (3,8%). En este mismo período, los salarios tuvieron un ajuste medio del 2,7%. Frente a este cuadro, la dirección de Conlutas se limita a informar las campañas salariales de algunas categorías (gremios).

Podría hacerse la siguiente objeción a la crítica que estamos presentando: el problema no es la falta de disposición para llevar adelante campañas unificadas, sino que existen dificultades objetivas en este sentido. Entre otros factores, los altos índices de popularidad del gobierno a pesar de la crisis inflacionaria, las elecciones municipales que desvían el foco de atención de los trabajadores, etc.

Efectivamente, todos estos elementos deben ser ponderados. Pero eso no explica que no haya, a pesar de esas dificultades, ninguna iniciativa de

<sup>19</sup> “Inflação e as campanhas salariais”, DIEESE, Nota Técnica 73, agosto 2008.

Conlutas en el sentido de incidir políticamente sobre los trabajadores, principalmente sobre las categorías que inician luchas salariales. No podemos tapar el sol con la mano, pues el ejemplo de lo que se hizo después del encuentro nacional en Sumaré (SP) –donde la campaña por el salario mínimo del DIEESE no se llevó adelante– nos pone nuevamente ante la misma lógica: o sea, en los “días de fiesta” se votan campañas que nunca son impulsadas. Tal es el caso actual de la campaña por el “gatillo automático”.

Lamentablemente, Conlutas no está dando señales de ser capaz de superar las trabas creadas por su propia dirección, el PSTU. Así, no se puede transformar en un espacio real de movilización y representación de los trabajadores. Sin acreditarse en las luchas directas de los trabajadores no se puede avanzar un milímetro en dirección a la construcción de una organización sindical de masas para superar a la CUT y a todo el *peleguismo*.

Es necesario, ante todo, luchar contra el *economicismo*, el *corporativismo*, la *superestructuralización* y el surgimiento de una *protoburocracia* al interior de Conlutas, problemas mortales que encontramos en la corta pero significativa historia de Conlutas.

De acuerdo con Alves, “la gran tarea del sindicalismo radical del siglo XXI es recuperar las imágenes utópicas de la lucha emancipatoria del trabajo contra el capital (...). Pero para eso el sindicalismo carece de un partido de clase, de un intelectual orgánico capaz de representar los intereses de clase en el mundo del trabajo en el siglo XXI” (p. 472).

Frente al hambre, al desempleo, a la precarización, a las brutales pérdidas salariales y a las constantes reformas que atacan los derechos de los trabajadores, Conlutas debe desarrollar una salida anticapitalista global, pues las estrategias y las tácticas corporativistas que la dirección del PSTU viene aplicando no sirven para superar los desafíos que enfrentamos en la actualidad.

#### LA RECOMPOSICIÓN POLÍTICA DE LOS TRABAJADORES

El PT dejó de ser un instrumento de los trabajadores no con la elección de Lula de 2002, sino ya desde los 90. A partir de las derrotas electorales de 1989 y 1994, el PT adoptó un programa que abandonaba la lucha por el socialismo y la independencia de clase, cambiándola por la propuesta de una “democratización de la sociedad”.

Por eso, no concordamos con la ideología cultivada por algunos sectores (CST y MES<sup>20</sup>) que afirmaban que “Lula traicionó a los trabajadores” después de asumir la presidencia. El proceso de adaptación a los intereses del capital nacional e internacional ya había ocurrido hacía mucho tiempo. Por eso, a pesar de la coyuntura política desfavorable para la clase trabajadora en los últimos años, la construcción de alternativas autónomas de la clase trabajadora se ha constituido en una necesidad estratégica fundamental.

<sup>20</sup> N. del T.: Movimento Esquerda Socialista, sector interno del PSOL que propulsa la corriente Revista de América.

En el momento en que estamos anunciando nuestra ruptura con el PSOL, es necesario, en un primer momento, realizar un balance de la corta historia de lo que podría haber sido un importante instrumento de reorganización política de la izquierda socialista, y también sentar las bases de lo que pensamos que deben ser los próximos pasos para reorganizar una izquierda socialista revolucionaria en nuestro país.

La reorganización de la vanguardia que rompía con el PT –después de que Lula asumió la presidencia y dio continuidad a la política neoliberal de Fernando Henrique Cardoso– permitió la creación del PSOL. Los ataques iniciados por Lula contra los empleados públicos posibilitaron la ruptura de un sector minoritario de la vanguardia y de los llamados “parlamentarios radicales”, dando origen al PSOL.

Este proceso abrió la posibilidad de que se iniciase una progresiva reorganización del conjunto de la vanguardia y de sectores de las masas trabajadoras con una plataforma independiente del gobierno. Ésa fue la hipótesis a la cual apostamos y por la que luchamos durante los últimos años. Sin embargo, no podemos responsabilizar sólo a las corrientes que compusieron el PSOL por su fracaso. También hay una responsabilidad de las corrientes de izquierda que se negaron a dar el combate por un partido revolucionario de vanguardia que agrupase al conjunto de las corrientes revolucionarias de Brasil.

En este sentido, no podemos dejar de apuntar la responsabilidad directa del PSTU, organización que, aunque se mantiene independiente, sufre de serios desvíos (burocratismo, aparatismo, sindicalismo y sectarismo). Pues, entre las corrientes que no ingresaron al PSOL, ciertamente es la que más podría haber contribuido para que la balanza no se inclinara hacia el electoralismo.

En el proceso de conformación que dio origen al PSOL, el Movimiento da Esquerda Democrática (MED) agrupó en un primer momento a las corrientes que rompieron con el PT después de la expulsión de los “parlamentarios radicales”, junto al PSTU y a otros agrupamientos menores.

La propuesta de una serie de sectores era que hubiese una garantía de que el nuevo partido que surgiese de esta confluencia permitiese la libre organización de tendencias internas en el partido. El PSTU, por su parte, proponía que este debate fuese realizado al final del segundo semestre de 2004, después de desarrollar todo el debate programático.

Era evidente que la mayoría de las corrientes no aceptarían esa propuesta. Esta llevaba a una trampa: si al final del debate no habría acuerdo sobre el régimen partidario o en la conformación de una nueva sigla, todos estarían obligados a someterse a la sigla legal del PSTU para poder intervenir en las elecciones. Era claro que los sectores que estaban rompiendo con el PT no se someterían a esta propuesta del PSTU, que olía de lejos a una maniobra.

A partir de la cristalización de estas dos posiciones, fue inevitable la ruptura del MED. Esto significó la pérdida de una importante oportunidad para la recomposición de la izquierda, particularmente de la izquierda revolucionaria en Brasil. La ruptura llevó, desde el inicio, al alejamiento de un importante contingente de luchadores socialistas. Con la participación de todos los secto-

res que conformaron inicialmente este movimiento, la historia habría podido ser otra, pues el bloque revolucionario habría tenido otro peso, además de que habría facilitado el diálogo y síntesis entre los revolucionarios. La ruptura, causada por el sectarismo del PSTU, no lo permitió.

El PSOL, a pesar de sus limitaciones, en sus inicios tenía una gran potencialidad clasista, pero muy pronto sucumbió a la presión electoral y de la institucionalidad burguesa. Sin embargo, no podemos desconocer que la construcción del PSOL estuvo influenciada por una coyuntura política muy difícil, en la cual el proceso de ruptura con el *petismo* y el *lulismo* fue sólo de vanguardia. Ése fue un factor muy importante para que el PSOL no cumpliera la tarea de organizar la izquierda socialista.

Por otra parte, el rumbo al oportunismo tomado por el PSOL es de responsabilidad política directa de su bloque dirigente. El Enlace, como comedia después de la tragedia que significó el PT, repite en el PSOL la misma política con que actuó por más de veinte años, la misma que transformó a Democracia Socialista (DS) en felpudo de Articulação.

En segundo lugar en la escala de responsabilidades están la Corrente Socialista do Trabalhadores (CST) y la Corrente Socialismo e Liberdade (CSOL). Desde la fundación del PSOL, capitularon al bloque dirigente en todos los momentos vitales de la vida partidaria. Así, se dieron las sucesivas postergaciones de los congresos y se aceptó el ingreso de figuras extrañas a la izquierda, como fue el caso del senador Geraldo Mesquita, hoy afiliado al PMDB. Y por último, no menos importante en esta escalada oportunista, es necesario destacar el programa de Heloisa Helena, que se planteó por debajo del reformismo.

Nuestra corriente siempre defendió que el PSOL debía ser un instrumento de lucha e independencia política. Por eso, no había espacio dentro del PSOL para corrientes como Ação Popular Socialista (APS), lo que se demostró correcto.

Esa corriente no fue capaz de hacer una autocrítica de su actuación al interior del PT, y principalmente de su capitulación al gobierno frente a importantes acontecimientos políticos nacionales. Ivan Valente (APS), diputado federal, durante la votación de la primera reforma de la *previdência*, que significó un violento y directo ataque a los trabajadores, se abstuvo en la votación. En la segunda fase de esta reforma, se hicieron más ataques a los derechos de los trabajadores, entre ellos la edad mínima para retirarse y un techo de 2.400 reales de jubilación, reforma que favoreció de forma directa al capital financiero, pues llevó a la mayoría a buscar planes de pensión privada. Incluso así, Valente y la APS no hicieron autocrítica alguna de su actuación en 2003.

Otra grave capitulación del PSOL y de sus parlamentarios fue su posición en la votación de los "Súper Simples" (ley anunciada como un gran incentivo a la pequeña empresa, pero que tenía como principal objetivo la precarización de las condiciones del trabajo). El PSOL, una vez más, demostró categóricamente que es incapaz de sostener una línea de clase. Votaron a favor de esta ley Heloisa Helena, Chico Alencar, Babá y João Alfredo; Ivan Valente y Luciana Genro se abstuvieron. Toda esta deriva del PSOL desem-

bocó en la II Conferencia Electoral, realizada a fines de marzo de este año en Brasilia.

No podemos dejar de considerar que, incluso antes del ingreso de la APS, la presión oportunista ya era grande y actuaba sobre el conjunto de las corrientes nacionales y también sobre algunas regionales, pues el MES y el MTL<sup>21</sup> ya empujaban al partido a una marcha acelerada rumbo al electoralismo.

Otras corrientes, como la CST, fueron cediendo ante la posibilidad de reelegir su diputado federal, Babá, o de ganar alguna viabilidad electoral, como el CSOL. Ambas alimentaron la ilusión de que se podía empujar más a la izquierda al MES y al MTL: fue ése el objetivo del bloque, de muy corta vida, formado por esos tres sectores.

La APS ingresó al PSOL –haciendo que la balanza se inclinase en definitiva al electoralismo– porque el cálculo de conjunto de las corrientes nacionales era el de ganar viabilidad electoral. Así, la posibilidad de construcción de un partido clasista fue olímpicamente rifada.

Finalmente, se realizó una Conferencia escandalosa, reunida con el único objetivo de legitimar la política de alianzas con partidos burgueses y de *aluguel* (alquiler). En ella sólo participaron algo más de cien delegados, electos en un proceso en que la base partidaria participó muy poco y que, debido a la metodología electoral de aparato, los pequeños grupos y tendencias no estuvieron representados.

El resultado no podía ser otro: el programa aprobado en la II Conferencia Electoral es mucho peor que el aprobado y no cumplido por Heloisa Helena y la política de alianzas es una vergüenza total, pues la independencia de clase fue vendida por unos meros votos para que pudieran elegir tal o cual concejal de esa u otra corriente.

El último hecho es parte de este encadenamiento lógico del proceso de degeneración del PSOL, y comprueba nuestra caracterización sobre la inviabilidad del PSOL como instrumento político de los trabajadores. Se trata de la decisión del PSOL de Porto Alegre –hegemonizado por el MES– de aceptar una “pequeña contribución” de 100.000 reales (60.000 dólares) otorgado por el grupo Gerdau (siderúrgica transnacional de origen brasileño).

Lo interesante es que el MES respondió a las críticas argumentando que eso está “dentro de la legalidad”. O sea, si la ley electoral burguesa permite las contribuciones declaradas de las grandes empresas, no hay problema, pues “nada errado se está haciendo”. Esta corriente política que, conjuntamente con APS y PP, dirige el partido, ha perdido completamente la brújula de clase. Es el ABC del clasismo que la independencia política de los trabajadores sólo se puede asentar sobre la más absoluta independencia financiera. Invariablemente, los procesos de adaptación ideológica y política se dan en conjunto con la pérdida de independencia material. El fenómeno “*mensalão*”, protagonizado por el PT, tiene como base la pérdida de este principio; o sea, la dependencia del financiamiento del Estado y de la clase dominante tiene siempre como con-

<sup>21</sup> Movimento Terra, Trabalho e Liberdade, corriente del PSOL.

trupartida la degeneración más despiadada. Como se puede verificar, este hecho completa un tétrico cuadro político.

La trayectoria del PSOL fue así de mal en peor. Comenzó con un programa insuficiente, pero sin embargo progresivo –que garantizaba la independencia de clase y una visión difusa de socialismo–, y se llegó a un programa que está por debajo del reformismo.

Hoy el PSOL no es más que un refrito del PT. Ha dejado de ser una herramienta para la izquierda y se ha transformado en un puerto seguro para toda clase de carreristas. Esa dinámica lleva al PSOL claramente a la derecha, por lo cual la lucha interna por su propio carácter está perdida. A los revolucionarios no les queda otra cosa que retirarse y organizarse independientemente en un nuevo partido revolucionario libre, directo y sin adherir a tendencias.

Conscientes de la enorme batalla que había que dar, hicimos más de una vez un llamado público por un frente que uniese a todos los que estaban contra el curso liquidacionista del PSOL, impuesto por su dirección con la connivencia de la CST y del CSOL. Desgraciadamente, no tuvimos respuesta positiva de ninguna corriente que se posicionara como de izquierda. La izquierda partidaria, por su parte, después de tanta capitulación, vive una crisis muy grande, como lo demuestran las últimas rupturas de la CST y la escasa actividad política del CSOL. Ellos no se constituyeron en una alternativa para los activistas y militantes independientes que existían en el partido.

Pero la prematura degeneración oportunista del PSOL no es responsabilidad sólo de las corrientes reconocidamente reformistas, sino también de los sectores revolucionarios que se negaron a ser parte de esta experiencia, como el PSTU, o lo hicieron de forma vergonzante, como la LER-QI (de la Fracción Trotskista, que orienta el PTS argentino).

Desde el inicio de la constitución del PSOL buscamos construirnos como un sector a la izquierda y, consecuentemente, dimos lo mejor de nuestras energías para que el PSOL se transformase realmente en un arma para los trabajadores y la juventud, sin por eso escamotear nuestras divergencias. Pero ahora es preciso admitir que la batalla por ganar al PSOL para el campo del socialismo ha sido perdida. No queda otra alternativa para los revolucionarios que romper con ese partido.

Mientras tanto, ante la degeneración del PSOL, no existe una alternativa a la altura de las necesidades de los trabajadores del Brasil. Por eso, una vez más, está planteada en forma urgente la necesidad de que encontremos formas para la unificación de los revolucionarios en nuestro país.

#### **CONSTRUIR UN PARTIDO REVOLUCIONARIO CON DERECHO DE TENDENCIAS**

El ascenso obrero de los años 1978-1980, que se extendió por toda esa última década, posibilitó la creación del PT, un partido que agrupó prácticamente a todos los sectores de trabajadores y la amplia mayoría de corrientes de la izquierda.

Como ya señalamos, este fenómeno significó una recomposición política de la clase trabajadora, proceso que contó con elementos progresivos en sus ini-

cios, como la independencia de clase. Pero esta experiencia fue monopolizada por una dirección abiertamente reformista.<sup>22</sup>

En este contexto –sobre todo con las movilizaciones ocurridas a partir de 1978–, se construyeron diversas corrientes socialistas revolucionarias, muchas de ellas con influencia en sectores significativos de la vanguardia. Sin embargo, una parte importante de esas corrientes revolucionarias terminó capitulando a la burocracia y adaptándose al capitalismo y sus instituciones. La expresión máxima de esa capitulación se dio con Democracia Socialista (DS), que de una corriente trotskista se transformó en proveedor de ministros para el gobierno burgués, como fue el lamentable episodio de Miguel Rosseto.

En Brasil, la experiencia de la última década con el PT y la CUT, así como también del actual proceso de recomposición sindical y política de los trabajadores, demuestra que las organizaciones políticas revolucionarias aisladas y actuando con perspectivas diversas no responden eficazmente a los desafíos de la actualidad. Basta ver, por ejemplo, los problemas enfrentados en la conducción de Conlutas por el PSTU, o en la actuación de las corrientes revolucionarias al interior del PSOL.

En estas condiciones, apostamos a la posibilidad de avanzar en el sentido de luchar por resolver esta histórica tarea pendiente: construir una organización socialista y revolucionaria que se distinga y supere la experiencia del PCB, del PT y del PSOL.

En la actual fase de la lucha de clases, es fundamental la construcción de un fuerte partido marxista revolucionario. La construcción de este partido pasa en esta etapa por un proyecto en que las tendencias revolucionarias puedan convivir en una misma organización política, sin que ningún sector quiera imponer burocráticamente su hegemonía, pues sólo la experiencia concreta de la lucha de clases podrá conferir una hegemonía auténtica.

El problema debe ser formulado de manera específica, ubicándose en torno a la teoría marxista de la organización política. Y, más precisamente, cómo se consustancia con fórmulas aplicables en las condiciones actuales. Específicamente, sobre la democracia interna de los partidos revolucionarios, reflexionando por qué, en determinados momentos, la unidad de los revolucionarios demanda el derecho de organización en tendencias internas y públicas, momentáneas o a largo plazo. Finalmente, cómo éstas deben funcionar y disciplinarse al interior de los partidos revolucionarios.

En este sentido, al hacer un balance de la experiencia bolchevique en relación con la lucha entre tendencias, y al sacar conclusiones sobre la historia de las tendencias en el partido, Trotsky presenta algunas condiciones para que la existencia de tendencias no comprometa el régimen interno del partido y su intervención política.

Veamos lo que afirma: “El partido revolucionario presenta un programa y tácticas definidas. Esto impone de antemano límites determinados y claros en

<sup>22</sup> Esta orientación política, que marcó la lucha de los trabajadores en las últimas dos décadas por lo menos, culminó en una adaptación al sistema burgués que ha permitido a la clase dominante operar el régimen con cierta “tranquilidad”.

relación con la lucha interna de las tendencias y agrupamientos... pero si la discusión está enraizada en la lucha colectiva, sometiéndola a la crítica y preparando sus nuevas etapas, la discusión es un elemento indispensable para el desarrollo".<sup>23</sup>

Es decir, la adhesión a un programa revolucionario y las tácticas que de él derivan contribuyen a la lucha política alrededor de análisis, tácticas y otros problemas, que no inviabilizan la intervención revolucionaria en la lucha de clases. Por el contrario, se puede, dentro de esos criterios, enriquecer la política y la intervención partidarias, como en los buenos tiempos del Partido Bolchevique.

Es evidente que no se puede combatir a ninguna fuerza centralizada estando dispersos. El capital es una fuerza material centralizada, que utiliza todos los medios para perpetuarse. La organización política del trabajo no puede darse sin una centralización de sus experiencias, reflexiones y acciones. Así, desde muy temprano, la clase trabajadora aprendió que para enfrentar a la clase dominante, incluso en sus reivindicaciones más inmediatas, requiere de una organicidad centralizada, y que la dispersión significa la derrota inmediata.

Pero, también, la clase trabajadora en sus experiencias probó que la centralización sólo puede ser eficiente combinada con la posibilidad de reflexionar colectivamente sobre su lucha. Y esa libre reflexión colectiva de la clase trabajadora, para ser eficiente, no puede desvincularse de la práctica colectiva.

Esta experiencia histórica fue captada, profundizada y teorizada por los partidos y teóricos marxistas (especialmente por Lenin) –su aplicación y expresión más profunda fue el Partido Bolchevique– y fue conocida con el nombre de centralismo democrático.

La propuesta de construcción de un partido marxista revolucionario con derecho a tendencias lleva a un problema que es tratado por las sectas como un tabú, no como una cuestión y necesidad objetiva.

La fórmula más general del centralismo democrático es ampliamente reivindicada. Ningún partido u organización, incluso los que están fuera del campo y las perspectivas del marxismo revolucionario, niega esta fórmula algebraica. El polo de la democracia también es fundamental en esta fórmula algebraica de centralismo democrático-democracia centralizada.

Como lo que está en cuestión es la necesidad de agrupar a los marxistas revolucionarios en un solo partido, el debate en torno a la democracia y cómo ella se relaciona con la necesidad de centralización tiene que ser objeto de un análisis más profundo y de una reflexión política más intensa. La democracia es también un componente fundamental para que el partido pueda construir colectivamente su línea de actuación. Sin ella, cualquier práctica militante termina cayendo en el *practicismo*, que consiste en una rutina ajena a la mejor tradición del marxismo revolucionario y que no permite al partido asimilar de manera profunda las necesidades, tareas y subje-

<sup>23</sup> Trotsky, "Las fracciones y la Cuarta Internacional", Bogotá, Pluma, 1979, tomo VII, volumen I, pp. 276-284.

tividades de la clase, elementos políticos sin los cuales no es posible desarrollar una real práctica revolucionaria.

La democracia obrera no es una necesidad sólo de los partidos o militantes marxistas revolucionarios, sino del conjunto de la clase trabajadora en su lucha contra el capitalismo y en la edificación del socialismo.

Así, para Lenin, “la lucha de los obreros contra los patrones por sus necesidades cotidianas les hace, por sí misma y de modo inevitable, abordar los problemas públicos, les hace estudiar cómo se dirige el estado ruso, cómo son hechas las leyes y normas y a qué intereses sirven... La tarea del partido no consiste en imaginar modismos para ayudar a los obreros, sino en adherir al movimiento obrero, en iluminar el camino y en ayudar a los obreros en esta lucha”.<sup>24</sup>

De esta forma, la actividad democrática y autónoma de la clase es fundamental para la formación de la conciencia revolucionaria de clase, lo que no suplanta el papel insustituible de educador colectivo de los partidos revolucionarios. Sin ellos, la clase no podría vislumbrar las tareas estratégicas y la actividad política sistemática que exige la superación del orden capitalista.

La experiencia histórica del siglo XX demostró, entre otras cosas, que la democracia obrera es fundamental en todas las etapas de la revolución socialista, y no sólo en el período que precede a la toma del poder, sino también en la construcción de la dictadura del proletariado. Sin la democracia directa, los trabajadores quedan desprovistos de un instrumento fundamental para construir una nueva sociabilidad, pues el socialismo no se impone con medidas de arriba hacia abajo (burocráticas) o con innovaciones técnicas. Así, la autoactividad de la clase trabajadora tiene como instrumento privilegiado de cohesión a la democracia directa.

Una verdadera democracia interna no se hace sólo con el derecho de constituir agrupamientos, tendencias o incluso fracciones internas. La reciente experiencia con el PSOL demostró que la existencia de tendencias internas no garantiza, por sí misma, la democracia de una organización política. Otros elementos fundamentales son una organización partidaria que garantice a los núcleos de base la participación real en la elaboración y ejecución de las líneas políticas, y una prensa regular que garantice una línea central, que refleje y reflexione sobre las principales campañas, las elaboraciones y las experiencias locales.

No existen garantías totales formales de antiburocratización que aseguren una democracia interna. Trotsky afirma que “la salud del régimen depende en gran medida de la dirección del partido y de su capacidad para escuchar oportunamente la voz de sus críticos”<sup>25</sup>, y que la lucha fraccional entre revolucionarios no se puede dar con los mismos métodos de lucha que se da entre reformistas y revolucionarios. Así, “quien transfiere tales métodos al trabajo de la organización revolucionaria revela inmadurez política y falta de responsabili-

<sup>24</sup> Lenin, “Proyecto de programa del partido socialdemócrata y explicación del mismo” (1875-1896) en Venturini, Juan Carlos, “El mito del centralismo democrático”.

<sup>25</sup> Trotsky, cit.

dad, o ese individualismo anarquista que, en la mayoría de los casos, se oculta bajo principios sectarios".<sup>26</sup>

La experiencia política de la lucha de clases en estos dos siglos demuestra que la construcción de un partido revolucionario depende de su capacidad de insertarse en los procesos más dinámicos de la lucha de clases, de su capacidad de establecer constantemente con los trabajadores un diálogo político con el objetivo de que, a partir de sus necesidades inmediatas, se construya un puente para una estrategia socialista, y la capacidad de formar políticamente al conjunto de su militancia para que ésta pueda apropiarse críticamente del materialismo dialéctico.

Para Lenin, la disciplina en el partido revolucionario no se define por la sumisión a una jerarquía, sino en primer lugar "por la conciencia de la vanguardia proletaria y por su fidelidad a la revolución, por su firmeza, por su espíritu de sacrificio, por su heroísmo. Segundo, por su capacidad de ligarse, de aproximarse, y por así decirlo, de fundirse hasta cierto punto con las más amplias masas trabajadoras, principalmente con las masas proletarias, *pero también* con las *masas trabajadoras no proletarias*. Tercero, por la justeza de la dirección política que ejerce esta vanguardia, por la justeza de su estrategia y de su táctica política, con la condición de que las masas más amplias se conzengan de esta justeza por experiencia propia".<sup>27</sup>

De este modo, nuestra propuesta no va en el sentido de reproducir la experiencia del PSOL. De lo que se trata es de la necesidad objetiva de los trabajadores de construir un partido revolucionario, y esto sin duda ya es una demarcación política central. En la lucha interna del PSOL que se dio entre revolucionarios y reformistas, lamentablemente, como ya dijimos, éstos últimos, por una serie de factores objetivos y subjetivos, ganaron esa batalla.

Este llamado también tiene en cuenta la historia política reciente alrededor de las experiencias ligadas a la reorganización de los trabajadores. Los dramas vividos por la izquierda revolucionaria en el último período de la lucha de clases han demostrado que después de la diáspora vivida por los marxistas revolucionarios, alrededor de las lecciones y tareas extraídas del derrumbe de los regímenes estalinistas, se hace necesario encarar inmediatamente la tarea de (re)agrupar a los revolucionarios a escala planetaria.

La más famosa de las luchas políticas entre los bolcheviques fue desarrollada en momentos previos a la revolución de Octubre, lucha encabezada por Lenin que tuvo como texto las *Tesis de Abril*, un documento histórico. En este período, Lenin dio una dura batalla política contra el grupo dirigente que capitulaba al gobierno provisional. Los bolcheviques eran capaces de transformar las más duras polémicas en estrategias, líneas políticas y tácticas fundamentales para el éxito inicial de la revolución socialista en Rusia. La prohibición de las tendencias al interior del bolchevismo fue una medida posterior extremada, uno de los elementos que facilitó la "depuración" promovida por la facción

<sup>26</sup> Cit.

<sup>27</sup> Lenin, "A doença infantil do 'esquerdismo' no comunismo", *Obras escolhidas*, Lisboa, Avante, 1979, tomo 3, p. 281.

burocrática, como se demostró en el curso de la lucha fraccional contrarrevolucionaria dirigida por Stalin. Para Trotsky, “semejante resolución demuestra que en todo el período anterior –es decir, en los diecisiete años en que el bolchevismo surgió, creció, se fortaleció y conquistó el poder– las fracciones formaban parte legítima de la vida partidaria, lo que se reflejaba en la práctica”. Así, en la historia del Partido Bolchevique, en la cual nos inspiramos de manera crítica, no era extraña la lucha entre tendencias, que en muchos momentos ocurría de manera abierta. Trotsky reconoce que la prohibición de las tendencias en el X Congreso del partido (1921), a pesar de darse en una circunstancia excepcional, permitió el proceso de burocratización, pues “los acontecimientos posteriormente dejan absolutamente claro que la prohibición de las fracciones significó el fin del período heroico de la historia bolchevique y abrió el camino a su degeneración burocrática”.<sup>28</sup>

La idea muy difundida al interior del PSTU, en medio de la lucha entre tendencias, de que era necesario depurar al máximo el pensamiento político al interior del partido para que éste pudiese enfrentar los desafíos de la lucha de clases demostró una vez más ser una monstruosidad.

La depuración política, si se puede llamar así, es bienvenida cuando se trata de una lucha entre proyectos políticos *antagónicos*, como los vividos al interior del PSOL, donde el sector oportunista venció en la batalla. Pero entre marxistas, la “depuración” –por más que los “puristas” hagan loas de ella– lleva normalmente a un empobrecimiento político del partido revolucionario.

Citando una vez más a Trotsky, “la discusión de los problemas graves no se concibe sin la formación de agrupamientos. Pero en circunstancias normales, éstos se desarrollan posteriormente en el organismo partidario, sobre todo porque las nuevas experiencias constituyen la mejor prueba en los casos en que existen diferencias políticas. Cuando los grupos se convierten en fracciones permanentes, este hecho constituye un síntoma alarmante de que las tendencias en lucha son absolutamente irreconciliables, o de que el partido en su conjunto se encuentra en un punto muerto. Esa situación no se puede evitar simplemente mediante la prohibición de formar fracciones. Combatir el síntoma no significa curar la enfermedad. Solamente una política correcta y una estructura y métodos organizativos correctos pueden impedir que los agrupamientos temporarios se transformen en fracciones osificadas”.<sup>29</sup>

Este llamado –que para concretarse depende objetivamente de la comprensión del PSTU, de la CST y demás corrientes revolucionarias del PSOL y de la LER-QI– no es una propuesta de reedición del PSOL, pues éste, desde el inicio de su construcción, nunca esbozó un proyecto de partido revolucionario. Por el contrario, fue construido por el MES y Cía. con la ideología de que era posible que convivieran “pacíficamente” en un mismo partido corrientes revolucionarias y reformistas, al ejemplo de otros “partidos amplios” desarrollados en todo el mundo.

<sup>28</sup> Trotsky, cit.

<sup>29</sup> Trotsky, cit.

Nuestra propuesta, por el contrario, va en el sentido de construir un partido que plantee desde el inicio un programa claramente revolucionario y un método de funcionamiento y una dirección que coincidan con esta estrategia.

Es decir, se trata de la construcción de un partido socialista y revolucionario que, como tal, conjugue las tareas de la independencia política de los trabajadores en la perspectiva de la revolución socialista. Un partido que, por la naturaleza del proceso actual en curso, sólo podrá existir con la posibilidad de que las corrientes políticas puedan organizarse en su interior. Sin esta condición, no es posible un (re)agrupamiento de las fuerzas marxistas revolucionaria, que es una tarea cada vez más urgente.